

# *Déjate llevar*

---

*Toni Blake*

Traducción de Alexander López Lobo  
Talismán

*La noche de la ceremonia de graduación del Instituto.*

*Hace diez años*

Una gota de sudor se deslizó entre sus senos cuando cerró la puerta del coche y caminó hacia él. La sugerente falda de su vestido corto acariciaba sus muslos y sus pezones rozaban la tela a cada paso. Nunca había sido tan consciente de su cuerpo. Ni del cuerpo de él. Estaba sentado en un asiento delantero negro que había pertenecido a algún coche, pero que descansaba ahora junto a un lago pantanoso. Un cigarrillo colgaba de sus labios y, entre sus piernas, una lata de cerveza estaba apoyada contra el bulto que se destacaba en sus tejanos desgastados. Su camiseta negra le quedaba tan bien como los tejanos, amoldándose a sus bíceps, su pecho y su vientre. Su largo pelo despeinado caía por la parte de atrás del cuello de su camiseta y un mechón caprichoso descendía temerariamente sobre su frente.

Parecía tan peligroso como la noche. Exactamente lo que ella quería, lo que ella necesitaba.

Se detuvo ante él, sintiendo miedo y excitación a partes iguales. No tenía ni idea de qué hacer, pero llevaba mucho tiempo deseándolo, desde que él había empezado a trabajar en la galería de su padre hace seis meses, acarreando cajas y repartiendo paquetes. No necesitaba a esos chicos impolutos cuyas vidas consistían en pavonearse en los vestuarios a ver cuál de ellos tenía el coche más rápido. Desde el momento en que sus ojos se posaron sobre Brock Denton supo que lo que necesitaba era un hombre.

Él tenía veintidós años y vivía aquí en los pantanos con su abuelo. Había sabido llegar hasta aquí porque un día el coche de Brock se averió y su padre los había traído. Se acordaba del trayecto, tenso y silencioso, y de lo obvio que era que a su padre no le gustaba que Brock estuviese ni siquiera en el mismo coche que ella. Instintivamente, entendió el porqué: él rezumaba sexo, como si cogiese lodo con la mano y le rebose entre los dedos. Él la miró y todo su cuerpo se convirtió en un líquido caliente que bullía desde su interior bajo el sol abrasador.

Salvo que ahora su padre no estaba, y ella estaba lista para convertirse en una mujer con Brock, preparada para aprender todos los secretos de la pasión, dispuesta a sudar con él y dejarle que viera... todo su cuerpo.

Sus ojos oscuros la derritieron, y sus pezones se tensaron aún más.

—¿Qué haces tú por aquí en ese cochazo, gatita?

No sonrió, pero su mirada fija revelaba lo que ella quería: sexo. Como siempre.

Ella lanzó una mirada por encima de su hombro a su nuevo y reluciente Mazda Miata. En su mundo no era un cochazo, más bien «un primer coche, para ir a la universidad», pero supuso que Brock lo veía con otros ojos a juzgar por el Mustang que conducía y que pensaba arreglar en cuanto hubiese ahorrado algún dinero.

—Es un regalo de graduación de mi padre —respondió ella.

—Eso no contesta a mi pregunta.

Sus ojos la inmovilizaron, se sentía como si no pudiese moverse. Había estado caminando hacia él, dando pasos seguros con sus tacones bajos sobre la carretera de tierra llena de baches, pero ahora se había detenido.

—¿Tu padre sabe que estás aquí?

Ella ladeó la cabeza despreocupadamente.

—¿Tú qué crees?

Un lado de su boca se arqueó con el primer indicio de una sonrisa. A ella le llamó la atención la barba de varios días que cubría su mentón. Quería tocarla, sentir su aspereza en la punta de los dedos. De pronto, su deleite se desvaneció.

—Me parece que éste es un lugar demasiado peligroso para una cosita bonita como tú.

Apuntó con el pulgar hacia el lago pantanoso a su derecha. El musgo cubría casi toda la superficie y la orilla estaba ribeteada de gruesas espadañas. Entonces se dio cuenta de la caña de pescar que estaba apoyada sobre la caja de los aparejos de pesca y del hilo que desembocaba en el agua, esperando un mordisquito.

—Hay caimanes por allí, ¿sabes? Se comen a las gatitas de un bocado.

¿Por qué incluso esa frase había provocado ese desenfrenado hormigueo en sus caderas?

—No tengo miedo.

—Tal vez deberías tenerlo. Quizá no sepas dónde te estás metiendo. Y tal vez deberías decirme de una vez para qué has venido, gatita.

Ella respiró profundamente. «Ahora o nunca. Que sea

ahora. Consigue lo que realmente quieres como regalo de graduación». Avanzó otro paso hacia él, y ese simple movimiento hizo reaparecer la consciencia sobre su cuerpo... y lo que ansiaba. Cerca de ellos había una radio vieja en el suelo, y los compases sensuales de la vieja canción «Hot Child in the City» la incitaban a balancearse. Dejó que sus caderas empezaran a moverse muy ligeramente.

—Desde que me gradué anoche he estado deseando que tú también me hagas un regalo.

Se quitó rápidamente el cigarrillo de la boca, que fue a caer a la hierba alta de la orilla, y cruzó sus fuertes brazos sobre el pecho. Sus ojos se cerraron en hendiduras oscuras que debieron de haberla prevenido, pero en vez de eso la atrajeron aún más, sobre todo cuando siguieron el movimiento de sus caderas durante un largo y sensual momento, antes de posarse otra vez en su cara.

—¿Y qué tengo yo que tú puedas querer?

Ella tragó el nudo que se le había formado en su garganta.

—Te quiero a ti.

Entonces, ignorando el calor que se apoderaba de sus mejillas como llamas de fuego, cogió con los pulgares los tirantes de su vestido y los dejó caer. El vestido cayó al suelo, rozando sus curvas hasta tomar tierra alrededor de sus zapatos blancos de graduación, y ella se quedó delante suyo con sólo una braguita brasileña de encaje que había comprado para la ocasión.

Dios, no podía creer que lo hubiese hecho. Pero así era: había mostrado todo su ser, toda su alma, sólo para él.

Notó una ráfaga de aire caliente de la tarde, tan intensa como su mirada. Ya no se podía ir más despacio ni detenerse.

Había hecho falta cada gramo de coraje en su interior para venir hasta aquí y ahora tenía que seguir adelante. Sin apartar sus ojos de los suyos, que cada vez mostraban más deseo a medida que admiraba su cuerpo, se libró del vestido abrazado a sus pies y dio unos pasos lentos y seguros hacia él. «Mantén la calma. Sé seductora». De pronto, no resultó tan difícil como esperaba, y los movimientos surgían ahora con naturalidad.

El calor la impregnaba, tanto el de la noche húmeda de Florida como el del deseo que chisporroteaba en su interior.

Sin vacilar, puso un pie encima del asiento de automóvil y se agachó un poco a horcajadas sobre las rodillas de él.

Su entrepierna topó con la lata helada de cerveza. Ella cogió la lata hábilmente y la tiró al suelo; la espuma se derramó sobre la tierra. Sin que ninguno de los dos dirigiesen su mirada en esa dirección, ella se apretó contra el bulto misterioso que había sido el objeto de su fascinación durante tanto tiempo.

«Mmm, sí». Estaba haciéndolo de verdad, estaba seduciendo a Brock Denton.

—Por Dios, gatita —gimió en el momento en que ella le tocó.

Ella dejó escapar un suspiro débil y ardiente, asombrada de que estuviese tan dura. Sus manos ásperas se cerraron en torno a sus caderas, y el simple roce de su piel provocó en ella una nueva tormenta de fuego. Empezó a moverse contra él, y no era algo pensado, sino puro instinto torrencial. El pliegue de tela que cubría la cremallera de su pantalón la rozó a través de su braguita, provocándole la sensación más deliciosa que había sentido jamás.

—No sabía que eras una chica tan mala —dijo él con un grave rugido.

Era como si él estuviese por todas partes, alrededor de ella, consumiéndola.

—Hazme una chica mala, Brock. Tómame. Toma mi virginidad ahora mismo.

No queriendo esperar ni un segundo más, se acercó al botón de sus tejanos. Él la apretó por la cintura y la separó ligeramente. Supo instintivamente que no estaba separándola para facilitarle el acceso a su cremallera, sino para poner fin a la situación.

Al instante, dejó de mirarle el bulto y dirigió su mirada hacia sus ojos oscuros y hermosos, que brillaban pero no invitaban.

—Me parece que no, gatita. —Su voz seguía siendo tan ronca y arrogante como siempre.

Ella dejó de respirar durante un segundo a causa del turbador impacto de sus palabras, hasta que finalmente logró exhalar un:

—¿Qué?

—Me temo que no me van las vírgenes. Me gusta que mis mujeres tengan un poco más de experiencia.

Eso ha dolido. Él se ha dado perfecta cuenta de que esto es sólo sexo, pero no dejas que eso te afecte. «Haz que suceda... como sea». El pensamiento de que había llegado demasiado lejos para fallar ahora obcecaba su mente. «Convéncele de que te quiere».

Se acercó a su oreja, deslizando los pezones duros por su camiseta, e intentando no sonar desesperada, ronroneó:

—Enséñame, soy una buena alumna.

Antes de que pudiera responder, hizo lo que le surgió naturalmente: cogió su cara con ambas manos, sintiendo esa

gustosa barba de varios días, y hundió sus labios entre los suyos.

Por Dios, Brock conseguía que incluso la cerveza y un leve olor a humo tuviesen un sabor sexy. Lo besó larga y apasionadamente, empujando su lengua en el interior de su boca.

Él la agarró aún más fuerte, hundiendo los dedos en su piel mientras la tocaba de una forma que la hacía sentir todo con gran intensidad: desde el peso de sus pechos hasta el ansia entre sus caderas.

Cuando finalmente cesó el largo y lánguido beso y sus frentes se tocaron, ella pudo percibir su olor viril y almizcleño. Tenía que poseerlo o moriría. «Te quiero». «Por Dios, no digas eso. Aunque sea lo que has estado pensando en la cama noche tras noche e intentabas imaginar cómo sería estar con él».

—Te quiero —dijo—, haré todo lo que quieras. Lo que sea. —«Lo que sea para evitar que rompas mi corazón en este mismo momento, aplastando también mi alma».

Respiraron pesadamente el aire inmóvil, que se había oscurecido desde su llegada. La densa línea de los árboles que los rodeaban parecía acentuar la llegada de la noche.

—Buen beso, gatita —dijo con voz áspera. Sus labios rozaban los de ella, pero la volvió a apartar para mirarla a los ojos—. Pero aún no me convences. Si tienes tantas ganas de hacerlo, hazlo con algún chico de tu instituto, que irá más a tu ritmo.

Fue como un golpe en el estómago. Ella estaba sentada en su regazo casi completamente desnuda y él la estaba rechazando. Había intentado desesperadamente no sentir eso y que las cosas no salieran así, pero de repente resultó inevitable, era una humillación insoportable. El fracaso la quebró por dentro, y los trozos afilados y cortantes cayeron a su estómago. —Tú... ¿de verdad no me quieres? —No quería preguntarle, y cerró los ojos como reacción a la dulzura de su voz en cuanto las palabras salieron de sus labios.

—Éste no es tu sitio, gatita. No estás en tu terreno. Deberías subirte a tu cochazo e irte a casa ahora mismo. ¿Me entiendes?

—La separó aún más, y cuando ella reunió el coraje para volver a mirarle a los ojos, sólo encontró su habitual orgullo arisco y sexy.

—Eres un capullo.

Él se limitó a encogerse de hombros, indiferente, mientras ella se levantaba de su lado, muriendo por dentro y pensando: «Vete de aquí. Vete ahora mismo de aquí».

Sin embargo, ella se resistía a salir corriendo, a huir a toda prisa como una niña. Sólo deseaba que no la viera temblar mientras recogía su vestido, se afanaba por encontrar el cierre y se lo dejaba caer por la cabeza. Un último gramo de instinto defensivo la obligó a volverse y exclamar:

—No sabes lo que te pierdes.

Ni una pizca de emoción cruzó su atractivo rostro al responder:

—Vete a casa, gatita. Y no vuelvas.